

SISTEMA ALIMENTARIO URBANO EN CIUDAD DE MÉXICO

ALIMENTANDO LA CIUDAD

CHLOE MCKINNEY

Para Daniel y Rosa Fernández de Ciudad de México, mantener su familia de cuatro miembros ha sido siempre una lucha. La "crisis económica" del país se traduce en precios más altos para las necesidades básicas, pese a ello afirman que nunca han esperado una vida fácil.

Los crecientes costos mensuales de su alimentación, 10 000 pesos, casi 85 dólares canadienses, absorben casi todo el salario mínimo de 16 000 pesos que recibe Daniel como operario de una fábrica. Afortunadamente, Rosa encontró trabajo como lavandera cuatro días a la semana, por 350 pesos diarios. De otra parte, su hijo mayor, Juan, quien aún estudia, realiza diversos oficios en una clínica local y "ya puede pagar ahora todos sus gastos", dice orgullosamente la madre.

Varias mañanas a la semana, Rosa aprovecha los precios subsidiados de algunos alimentos básicos en la sucursal más cercana de CONASUPO (Compañía Nacional de Subsistencias Populares). Antes de ir al trabajo, ella hace cola desde las seis para comprar leche, frijoles, arroz, pastas, café, azúcar y aceite. Aunque los precios de CONASUPO están subiendo, 300 por ciento para el aceite el año pasado, Rosa afirma que son todavía más bajos que en la tienda local a la que ella acude "sólo en caso de emergencia".

Una vez por semana Rosa hace el viaje de cuatro horas ida y vuelta hasta el nuevo mercado en Atizapan, en el noroeste de la ciudad. Con la ayuda de sus dos hijos menores, ella trata de comprar verduras y frutas suficientes para una semana. Si le queda algún dinero, compra huevos, carne o pollo.

A veces, cuando puede, Rosa compra un cerdo pequeño que engorda con sobras por algunos meses —no para consumo familiar sino para venta.

Comparados con otros que viven en el mismo vecindario obrero, o con los tres y medio millones de las "colonias perdidas" o tugurios, los Fernández están bien. El trabajo de Daniel parece estable, y la familia ha podido pagar por los libros y el papel que le piden a sus hijos en la escuela "gratuita". Y, a excepción de los brotes regulares de infecciones gastrointestinales, no han tenido enfermedades graves.

Preocupado por la alimentación de familias como la de los Fernández,



Mercado en Ciudad de México: Víctimas de la estrechez económica, los pobres urbanos se ven obligados a gastar una buena parte de su ingreso en alimentos.

el gobierno mexicano emprendió en 1980 un ambicioso programa conocido como SAM (*Sistema Alimentario Mexicano*). El programa se fundamentó en un amplio perfil alimentario completado en 1970 y cuyos resultados indicaban que de una población de 67 millones, 35 millones estaban desnutridos y 18 millones estaban seriamente desnutridos. De estos últimos, 6 millones vivían en áreas urbanas.

Debido a su tamaño, que reúne una cuarta parte de la población del país, Ciudad de México recibió alta priori-

dad. Después de un estudio económico, el SAM con ayuda del CIID, inició en enero de 1982 un detallado estudio socioeconómico de 18 meses. El estudio se concentró en los grupos involucrados en el flujo de los suministros alimenticios desde el mayorista hasta el consumidor dentro de la ciudad, con atención especial al sector urbano pobre.

"Los problemas urbanos de alimentación se originan en los problemas urbanos básicos a que se enfrenta el distrito federal" dice

Cynthia de Alcántara, directora del proyecto y autora de varios estudios socioeconómicos sobre el sistema alimentario de México. "No son problemas nuevos, pero las dificultades económicas de los últimos años los han acentuado".

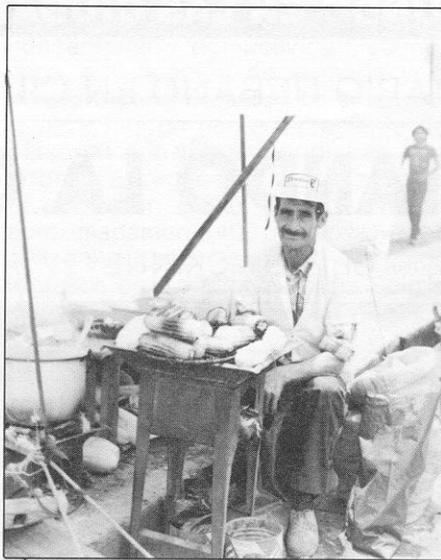
Ciudad de México ha sido un centro de mercadeo desde los tiempos de los Aztecas y allí el transporte ha sido siempre un problema. Pero es sólo en los últimos treinta o treinta y cinco años que el sistema de transportes, o su carencia, ha alcanzado un estado caótico. Actualmente los suministros alimenticios —no sólo para los 16 millones de la ciudad, sino para el resto del centro del país (estados de México, Querétaro, Michoacán, Guanajuato y Jalisco) se concentran primero en el mercado del distrito. Hasta hace poco, toda la producción llegaba a La Merced, el viejo depósito, mercado, tugurio y zona de tolerancia del centro de Ciudad de México. Debido a las congestiones de tránsito, el almacenamiento inadecuado y la deficiente higiene, los gobiernos de las últimas décadas pensaron en trasladar este mercado a un mejor sitio. Finalmente, en 1982 un nuevo mercado gigantesco, la Central de Abastos, se inauguró en la parte oriental de la ciudad.

"En muchos aspectos, lo que se ha hecho es trasladar los viejos problemas a otra parte", comenta Héctor Castillo, un sociólogo del estudio sobre el sistema urbano alimentario. El creció en el área de La Merced y es autor de un libro sobre su historia.

Irónicamente, el nuevo mercado fue construido sobre la última tierra agrícola que quedaba en el Distrito Federal. La inyección de concreto necesaria para que el suelo pantanoso sostuviera la estructura del nuevo mercado, elevó los costos astronómicamente, 600 por ciento más de lo calculado, elevando, por consiguiente, los costos de almacenamiento y de las ventas al detal. Pero el problema de la concentración sigue vigente y, según Castillo, debían haberse evitado descentralizando las operaciones mayoristas.

Sin embargo, Castillo piensa que esta concentración favoreció los intereses de los monopolios mayoristas tradicionalmente poderosos, cuyo control mantiene los precios artificialmente altos; según sus cálculos, se puede agregar tanto como 1000 por ciento al precio entre el productor y el consumidor. Sus estudios muestran que, aun cuando el gobierno trató de proteger la sana competencia en el nuevo mercado, limitando a cada firma mayorista a una bodega de almacenamiento, los monopolios establecidos fácilmente evadieron la limitación comprando espacios extras a nombre de diferentes miembros de su familia "incluyendo recién nacidos y abuelos fallecidos".

Pero los altos precios resultantes de los costos de construcción y de las prácticas monopolísticas no sólo han afectado al presupuesto doméstico,



Un vendedor ambulante ofrece maíz hervido y tostado: conveniente y barato.

sino también han comenzado a alterar la calidad nutricional e incluso la seguridad de la comida preparada.

Los dueños de las numerosas "fondas", o pequeños restaurantes que sirven almuerzos calientes baratos a los trabajadores que no pueden ir a sus casas, están bajo la presión de mantener los precios al alcance de sus clientes, igualmente presionados. Una investigación de la antropóloga urbana Carmen Bueno indica que las fondas han mantenido sus precios bajos, reduciendo la calidad de los alimentos. Ellos compran verduras ya pasadas y sustitutos de relleno, a menudo papa, en vez de carne. La carne que emplean es con frecuencia carne barata y no inspeccionada que forma parte de un comercio ilegal al cual Rosa Fernández venderá eventualmente el cerdito criado en casa.

Si la prueba de un sistema alimentario es la seguridad y la buena nutrición, ¿qué tan bien funciona el sistema alimentario de Ciudad de México? Según Cynthia de Alcántara, no muy bien. Calculando que el 80 por ciento de las muertes por debajo de los cinco años de edad, son atribuibles a la mala nutrición o a las infecciones gastrointestinales, "es claro que en México se puede morir de comer y de no comer". Si un niño se ha debilitado por años de dieta inadecuada, un ataque gastrointestinal causado por alimentos contaminados o manejo antihigiénico es a menudo fatal.

No hay precisión ni certeza en cuanto al número de mexicanos que sufren pobreza y malnutrición. Desde 1940, siete grupos diferentes han producido catorce cálculos distintos usando ocho tipos de criterios.

Cynthia de Alcántara, basándose en un cálculo de 1970 sobre las familias que gastan más del 65 por ciento de sus ingresos en alimentación, coloca la cifra para ese año en 41 por ciento.

Cifras más recientes del Instituto Nacional de Nutrición indican que aun cuando más de un millón de habitantes en Ciudad de México no recibe los requerimientos nutricionales

mínimos de 2000 calorías diarias, establecidos por la FAO, las condiciones de México rural son peores: allí el porcentaje sube a 90.

El programa SAM, que inició el estudio del sistema alimentario, tuvo gran importancia para el presidente López Portillo cuyo período de gobierno terminó antes que el estudio. Aun cuando el presidente actual de México, Miguel de la Madrid, no lo ha reinstaurado, hay signos de que su gobierno también otorga alta prioridad a la solución de muchos de los problemas señalados por el estudio.

"El suministro alimentario debe continuar siendo una de las mayores prioridades en los programas gubernamentales... no hay duda de que toda la gente del país debe compartir un suministro alimentario que sea seguro, adecuado y costeable", dice el presidente en un libro reciente donde se esbozan las estrategias para solucionar los problemas de su país.

En el Plan de Desarrollo Nacional de su gobierno, se esbozan políticas para asegurar un suministro estable de los productos alimentarios básicos, un control de los precios y una mejor nutrición. Las políticas que se están adoptando para alcanzar estos objetivos incluyen garantías financieras para los productores básicos, apoyo a los agricultores y a las asociaciones de cultivadores de fruta mediante almacenamiento, transporte y mayoreo; reducción o reversión de la migración rural-urbana mediante programas de desarrollo rural y descentralización industrial; y desarrollo de un programa de educación en nutrición para los pobres, con énfasis en la salud materno-infantil.

Mientras tanto, la iniciativa privada ha entrado en el camino de la descentralización del mercado de la ciudad, un paso que Héctor Castillo considera como esencial. Objetando el alto costo del espacio en la Central de Abastos, un grupo de mayoristas intentó abrir otro mercado en el noroeste de la ciudad. El gobierno les negó el permiso porque, comprensiblemente, éste prefiere atraer los negocios a su nuevo mercado. Sin echarse para atrás, el grupo unió fuerzas con sindicatos agrícolas y de trabajadores y logró abrir un nuevo mercado en Atizapan, en el área metropolitana que linda con los límites del distrito federal. Aquí el espacio para la venta mayorista es más barato y también el precio de los productos. "Esto se logró mediante una extraña combinación de fuerzas", comenta Héctor Castillo, "empresarios, trabajadores y agricultores unidos.

Si puede movilizar y aunar el esfuerzo espontáneo de la gente más afectada y el apoyo de la política oficial, México puede llegar a superar algunos obstáculos que se le interponen en el camino hacia un sistema equitativo y eficiente de distribución alimentaria. □

Chloe McKinney es una escritora dedicada a temas urbanos que vive en Ciudad de México.